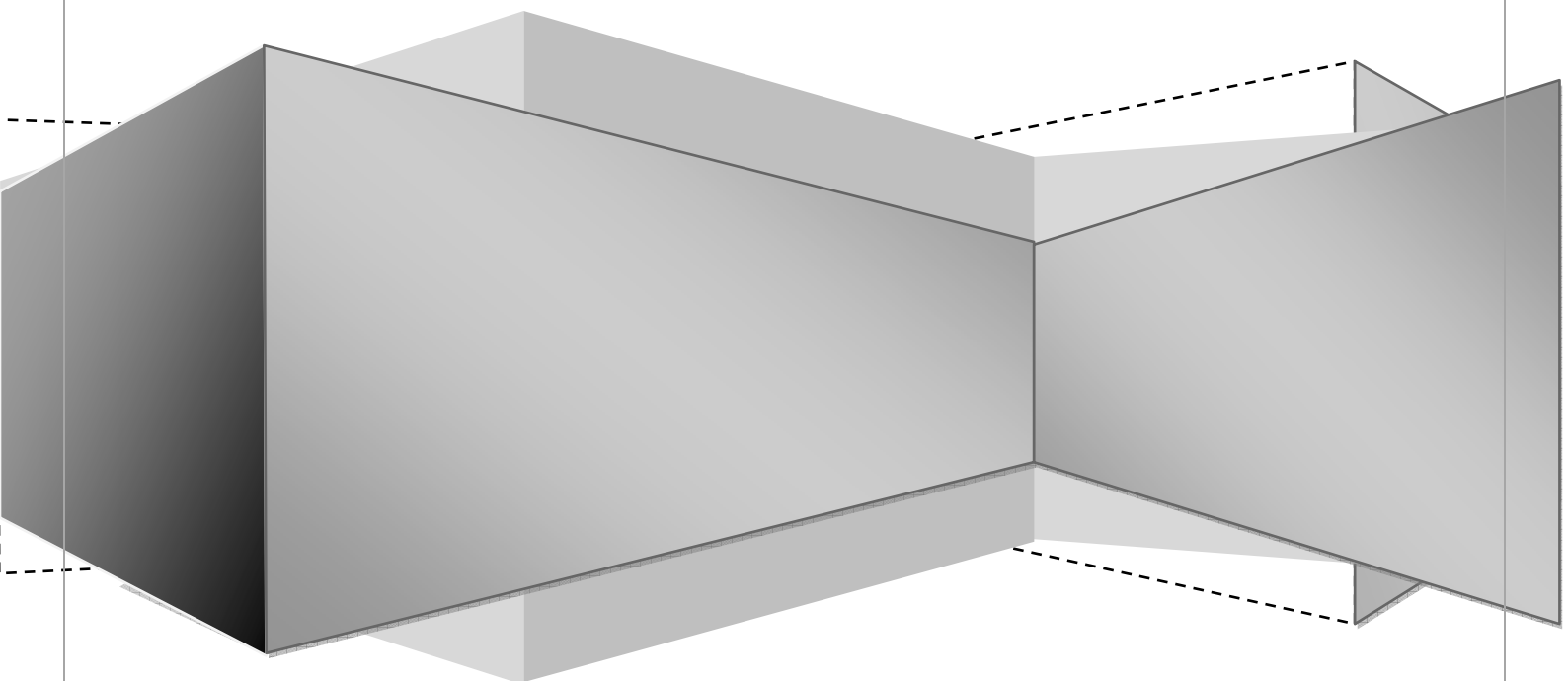




Rubalcaba

Discurso de Alfredo Pérez Rubalcaba en la presentación de su candidatura en la UGT.

29 de diciembre de 2011



Precandidatura al 38º Congreso Federal

PSOE 

En mi primera intervención pública como candidato a la Presidencia del Gobierno, el 9 de julio, quise empezar con un apunte personal sobre mi forma de concebir la acción política y las razones que me llevaron a aceptar esa candidatura.

Entré en política, dije entonces y repito ahora, porque quería ser útil a la sociedad. Ese es el impulso que mueve a alguien como yo y como muchos de vosotros a dedicar una parte importante de su vida a la vida pública.

Y entré en el Partido Socialista porque me pareció la forma más útil de ser útil a la sociedad, a los ciudadanos y, por supuesto, a mis ideas. Porque desde el principio comprendí que el Partido Socialista es el instrumento político más potente de la España progresista para defender unas ideas, ganar para ellas el apoyo de la mayoría y transformarlas en acción política de gobierno.

Y esa condición de partido con vocación de mayoría y de instrumento de gobierno es lo que hace imprescindible al Partido Socialista en la sociedad española; y lo que ha hecho posible su permanencia durante más de 30 años. Que digo, durante más de 130 años.

El PSOE puede y debe cambiar, ahora y siempre, para cumplir con su misión en cada momento histórico. Pero el PSOE no tiene recambio en la política española. La fuerza de la izquierda y sus posibilidades de gobernar están directamente ligadas a la fuerza y la capacidad del Partido Socialista. Por eso es tanta nuestra responsabilidad. Con el sistema democrático en general y con la izquierda en particular.

Dije también el 9 de julio que, con mis aciertos y mis errores, nunca he dejado de hacer frente a un reto, nunca he ignorado un problema ni he eludido un compromiso. Lo he hecho siempre así y he vuelto a hacerlo en estas elecciones, las más difíciles para nuestro partido desde que recuperamos la democracia.

Ser útil a la sociedad desde mis ideas y hacer frente a los compromisos, sean fáciles o difíciles. Esto es lo que siempre me ha movido a lo largo de mi trayectoria política. Y esto, precisa y exactamente esto, es lo que ahora me

mueve para decirnos que estoy dispuesto y preparado para ocupar la Secretaría General del Partido si mis compañeros en el Congreso deciden darme su apoyo

Siento que puedo ser útil poniendo toda mi experiencia y toda mi capacidad, desde la dirección del partido, al servicio de un objetivo común: recuperar la confianza de la mayoría de los españoles para un Partido Socialista asentado en sus raíces pero volcado hacia el futuro y el cambio; y para un nuevo proyecto socialista que proyecte nuestros valores de siempre a lo que demanda la sociedad de la segunda década del siglo XXI.

Los que me conocéis sabéis que soy una persona reflexiva. Que me gusta pensar mucho las cosas. Y si, como esta decisión son muy importantes para mi partido y, también por qué no decirlo para mi vida personal, mucho más. He hablado con mucha gente. De fuera y de dentro del partido. Y me he preguntado a mi mismo tres cosas. Me he preguntado si tenía ideas para afrontar la tarea que tenemos por delante. Y mi respuesta es sí. Las tengo. Junto a una firme voluntad de sumar todas aquellas de fuera o de dentro que nos parezcan, nos digo porque concibo la Secretaría General como un equipo, válidas. ¿Tengo fuerzas? Las tengo...preguntad a mis colaboradores...Y sobre todo ¿tengo ilusión? Pues sí, la tengo. Tengo una ilusión personal que quiero ante todo transformar en una ilusión compartida. En resumen: me presento porque creo que puedo ser útil, útil porque tengo ideas que aportar, porque tengo fuerzas e ilusión para afrontar esta etapa. Ideas, fuerza e ilusión, por eso me presento.

Después de una vida dedicada a la política, pueden estar seguros de que sé distinguir muy bien un compañero de un adversario. Y, créanme, mis adversarios no están dentro del Partido Socialista.

Estamos ante un congreso de extraordinaria trascendencia, y sin duda lo importante son los resultados de ese congreso. Somos el partido de referencia para muchos millones de españoles, que están esperando nuestras propuestas, nuestras soluciones, pero que también van a estar atentos al proceso. Porque un proyecto político también incluye los principios de

comportamiento ante los propios compañeros, la manera de afrontar el debate interno.

La transformación del Partido y de nuestro proyecto no es sino un instrumento, un paso necesario para emprender un proceso de transformación social. Lo que proclamamos fuera (juego limpio, transparencia, honestidad intelectual y respeto), debemos practicarlo en casa. Si defendemos el respeto hacia aquél con el que discrepamos profundamente, cómo no lo voy a defender si se trata de alguien con el que estoy de acuerdo en casi todo.

Estoy convencido de que las personas son importantes, pero son las propuestas las que deben ponerse en cuestión. Por eso, en la discrepancia siempre estaré dispuesto a discutir un argumento, nunca a una persona. Y nadie que recurra a la descalificación personal podrá decir que habla en mi nombre.

No me verán apropiándome de los grandes principios que todos los socialistas defendemos, y que a nadie pertenecen. No me verán arrogándome el monopolio sobre ninguna bandera de la izquierda.

En resumen, yo en el Partido Socialista no tengo rivales: tengo compañeros y compañeras que quieren conseguir para España lo mismo que yo, aunque podamos discrepar en la forma de conseguirlo.

En mi vida política tengo un vívido recuerdo de dos congresos. El 28 bis en el que Felipe González nos convirtió en un partido de gobierno. Fue la antesala del triunfo electoral, el del cambio. El segundo el 35 Congreso antesala del triunfo electoral del año 2004. Lo ganó José Luis Rodríguez Zapatero que fue capaz de elaborar un proyecto que volvió a conectar con la sociedad española con un discurso de ampliación de nuestras libertades, de coraje cívico. De aquel congreso y de la etapa posterior todo el mundo destaca la capacidad de José Luis de integrar, o palabra que me gusta más, de alcanzar la unidad del PSOE en torno a un proyecto. Dos congresos, dos

palabras: cambio y unidad. Son las palabras en torno a las cuales quiero articular mi actuación, mi proyecto para el PSOE.

Necesitamos cambiar muchas cosas y necesitamos a todos para que ese cambio pueda ser una realidad.

Algunas reflexiones sobre la situación política actual. Soy muy partidario de analizar a fondo los resultados. Cuando se gana y cuando se pierde. Sobre todo cuando se pierde. Y de hacerlo críticamente. La palabra autocrítica, lo reconozco, no me apasiona. Por aquello de “camarada te vamos a hacer la autocrítica”. Pero, en fin, la crítica de lo que se ha hecho mal me parece absolutamente necesaria. Entre otras cosas porque solo sabiendo lo que nos ha pasado podemos afrontar con certeza el futuro.

Lo que nos ha ocurrido en las elecciones se resume muy sencillamente: cuatro de cada diez personas que nos votaron hace cuatro años no lo han hecho ahora. La parte llena de la botella es la constatación de que seis de cada diez sí han vuelto a apoyarnos, a pesar de las circunstancias y del clima reinante. Hemos enviado votos hacia casi todos los partidos y no hemos recibido de ninguno. Lo contrario de lo que pasó en el 2008. En ese año ya cedimos cerca de medio millón de votos al PP, aunque en esa ocasión agrupamos todo el voto progresista y eso nos permitió ganar. Entonces analizamos a fondo la razón de esa pérdida. Desgraciadamente, no pudimos poner en marcha las correcciones de una deriva que, sin duda, tenía que ver con el transcurso de la legislatura del 2004.

Pero no vamos a hacer aquí la tarea de los sociólogos.

Yo creo poco en los votos de premio y de castigo. Creo en los votos de la confianza y de la desconfianza. Y más allá de debates sobre el peso de la crisis en el resultado, lo cierto es que si hemos perdido estas elecciones es porque la mayoría no ha confiado en nosotros para hacerla frente desde el gobierno en los próximos años.

Una falta de confianza que se genera por la gestión de la crisis, por el cuestionamiento de algunas de las medidas que hemos tomado pero también

porque, nuestros esfuerzos por combatir la crisis, todas las medidas que hemos ido tomando, no han conseguido la recuperación de la economía y del empleo.

Pero lo que me interesa ahora no es el análisis retrospectivo. Hemos perdido los votos porque hemos perdido la confianza de la gente; y recuperaremos los votos cuando recuperemos la confianza de la mayoría.

Y no nos engañemos: mientras dure la crisis, la confianza se refiere directamente a la voluntad y a la capacidad que la sociedad te reconozca de hacer frente a la crisis con eficacia. Esa es la medida de la confianza en este momento y lo seguirá siendo en el futuro próximo.

Lo tengo claro: sólo estaremos en condiciones de recuperar la confianza de la mayoría si somos capaces desde la oposición de actuar y que se nos vea como un factor real y necesario para superación de la crisis. Y como un factor decisivo para que la recuperación suponga fortalecer la cohesión de una sociedad incluyente y no su fractura.

Vincular nuestra política de oposición a la recuperación económica y a la cohesión social es el camino adecuado para volver a ganar la confianza de los ciudadanos. Es lo que hemos hecho en la campaña y lo que hemos empezado a hacer en el debate de investidura. Si no lo hacemos así, si no estamos en el debate de la crisis, si somos irrelevantes en ese tema correremos graves riesgos para el futuro.

El PSOE no es un partido de oposición estética o testimonial. Es una alternativa de poder que siempre, aunque esté en la oposición, quiere influir en las decisiones que afectan a todos los ciudadanos.

La oposición no tiene que ser a priori dura ni blanda, eso lo marcan las circunstancias de cada momento y el comportamiento de quienes gobiernan. Lo que tiene que ser desde el principio es útil. Y útil en un doble sentido: útil para el país, y útil también para nuestro objetivo de recuperar la confianza. Una utilidad que no está reñida con la firmeza. Antes bien la firmeza es necesaria. Utilidad y firmeza van de la mano. Utilidad para acordar si ello es posible. Firmeza para discrepar si ello es necesario. Firmeza que se

transformará en beligerancia si la derecha quiere aprovechar la crisis para desmantelar de tapadillo los derechos sociales alcanzados.

Ahora bien: nosotros no somos el PP, y nuestro mayor error sería actuar como ellos lo han hecho. A nosotros no nos basta con compactar a nuestro electorado fiel y esperar a que se debilite el del adversario. Así no lograremos nunca llegar a los 11 millones de votos que necesitamos para ganar las elecciones.

A nosotros nos exigen mucho más que eso. Nos exigen que no dejemos nunca de responder a nuestra condición de partido de gobierno y de instrumento político al servicio del interés general.

Y os diré más: el que a nosotros no nos permitan hacer en la oposición lo que el PP ha hecho durante estos ocho años no debe ser un motivo de preocupación para nosotros, sino de orgullo. Demuestra que cuando en la campaña decimos que no somos lo mismo que ellos, decimos la verdad.

Y recuperaremos la confianza si sabemos ser coherentes con nuestras propias decisiones.

Hemos hecho una conferencia política y hemos presentado un programa ante los ciudadanos. Ambos están cargados de ideas, de objetivos y de propuestas. Y ambos señalan un camino que, para empezar, cuenta con el respaldo de siete millones de votos.

¿Significa esto que podemos ahorrarnos ahora el trabajo de pensar y poner sobre la mesa nuevas ideas, nuevas propuestas, un nuevo proyecto? En absoluto, al contrario. Pero significa que no tiene sentido plantear el debate como si hubiera que partir de cero, como si todo el trabajo que hemos hecho en estos meses no existiera.

De lo único que no se puede acusar a la campaña del Partido Socialista en estas elecciones es de falta de ideas y de propuestas. En eso hemos ganado a la derecha por goleada. Nuestro problema no ha sido de falta de ideas, sino de credibilidad. Lo que hemos dicho está muy bien y me consta que

la mayoría está de acuerdo con muchas de nuestras propuestas; pero en esta ocasión no estaban predispuestos a escucharnos.

Y lo que no podemos ahora es olvidarnos de nuestro programa. No podemos hacer de Groucho Marx. ¿No les gusta nuestro programa? Pues aquí tenemos otro.

Sostengo que nuestra recuperación tiene que empezar ya, y hacerlo necesariamente en nuestra tarea de oposición. Y nuestra base de partida son nuestros siete millones de votos. ¿Hay que recuperar los que se han marchado? Sin duda, pero no podemos olvidarnos de quienes nos votaron. Han sufrido la crisis y sus sinsabores como los demás españoles. Os diré más: muchos de ellos sabían que no íbamos a ganar. Nos votaron porque creyeron en nuestro proyecto. Y nos han votado para que lo defendiéramos en el gobierno si ganábamos y para que lo defendiéramos en la oposición si, como era probable, no lo hacíamos. Ellos son nuestra fuerza. Cumplir con ellos nuestra primera obligación. Debemos defender con fuerza y con convicción el proyecto en el que han creído, el que han apoyado en las urnas. Un proyecto que ha aprendido de nuestros errores y que hemos diseñado para sacar a España de la crisis de forma justa: exigiendo más a quienes más tienen. Algo que la derecha no va a hacer. Algo que nos distingue nítidamente de la derecha. Algo que defendimos una y otra vez en la campaña. Coherencia, una vez más coherencia.

Algo que la derecha ya ha empezado a “no hacer”. Ya han tomado una primera medida. Por cierto, les ha costado ¿Dónde quedan las prisas? ¿Os acordáis de la necesidad, de la urgencia de las elecciones? ¿Os acordáis del plan de gobierno? No tenía prisa para tomar medidas sino para llegar al gobierno. No tenían un plan, bueno sí, tenían uno: llegar a Moncloa.

Pero la tomaron. La primera: congelar el Salario Mínimo Interprofesional. El salario que cobran los españoles que menos ganan. Entre ellos muchos jóvenes. No lo dijeron, pero sabían que lo iban a hacer. Se lo dije a Rajoy en el debate de investidura: dijeron una cosa en la oposición sabiendo que harían la contraria si gobernaban. Guardaron silencio en el programa y ahora poco a poco nos lo irán contando. Pero lo sabían. Claro que lo sabían. No solo hicieron

una oposición destructiva, propusieron cosas que sabían que de ganar no harían.

Una salida justa de la crisis. Y os diré más. No es una salida ilusoria. No es algo que no esté al alcance de nuestra mano. Allá donde gobernamos lo estamos demostrando. En Andalucía. El Presidente Griñán ha demostrado que se puede ser austero sin poner en riesgo los servicios sociales básicos. Que se puede pedir un esfuerzo a quienes más tienen, a quienes más ganan, a quienes más heredan. Que se puede combinar la lucha contra el déficit con estímulos a la economía para empezara a crecer y crear empleo. Que los socialistas queremos transformar nuestro modelo productivo de la mano de los emprendedores, de la innovación, de la investigación. Que ni en los peores momentos de la crisis económica el gobierno andaluz ha dejado de hacer crecer los gastos en I+D. Que los socialistas andaluces mantienen con pulso firme la apuesta más segura para salir de esta crisis en condiciones de competir: la educación. Por eso son tan importantes las elecciones andaluzas. No os engañéis. No se dirime solo quien gobierna en Andalucía. Eso es muy importante. Pero lo que realmente está en juego es si hay otro modelo de salida de la crisis distinto al que propone la derecha en España. También en muchos países de Europa. Un modelo de salida que no se olvide de que para crear empleo hay que crecer, de que la salida de la crisis no exige un recorte en nuestro modelo social, que no se puede salir de la crisis pidiendo esfuerzos a los que más la sufren, sino al revés. Por eso es tan importante el reto andaluz.

Y por otra cosa. Ahora parece que la derecha ha descubierto Andalucía. La verdad es que nunca creyó en ella. Nunca. Los socialistas sí. Siempre. Hay ministras en el gobierno que hablaron con desprecio de la incultura de los niños andaluces. De niños en escuelas sin pupitres. Falsedades que esconden un profundo desprecio por una tierra a la que nunca han querido. No quieren a Andalucía, lo único que desean es el poder en Andalucía. Y yo confío en que los andaluces no se dejen engañar.

En resumen: tenemos, pues, que conseguir dos cosas; recuperar el voto que se nos ha ido al PP y aglutinar el voto progresista. No podemos

plantearnos ambos objetivos como metas incompatibles. No lo son. Nuestros triunfos electorales lo demuestran. Y la historia es terminante en este sentido: aglutinaremos el voto progresista cuando los progresistas nos vean capaces de competir con la derecha y ganarla. Eso es lo que ocurrió en el 2008 y no ha ocurrido ahora.

Y os decía antes que hemos de avanzar sobre nuestras propias propuestas. Claro que tenemos que hacer un esfuerzo ideológico enorme para dar una respuesta a una crisis que la derecha está utilizando para cuestionar nuestro estado del bienestar. En España y en toda Europa. Para cuestionar nuestro modelo social, el europeo. Una crisis de dimensiones globales que exige respuestas globales, instrumentos globales de respuesta. Respuestas europeas, instrumentos globales de la izquierda europea para dar esa respuesta.

Pero, cuidado no caigamos en la trampa que nos tienden. Oigo a muchos líderes de la derecha pero también de la izquierda en España, en Europa, en el mundo hablar una y otra vez de que el modelo socialdemócrata está agotado, de que tenemos que reinventarlo. Y yo os digo: reformas sí. Reinversiones, refundaciones no. Vivimos una crisis que es ante todo la de un modelo que no es el nuestro. Es la crisis del capitalismo financiero, de la desregulación a ultranza, del imperio de los mercados. Pues bien esas son las cosas que debemos cambiar. Ya. Cuidado compañeros no vaya a ser que pendientes de reformar lo nuestro nos olvidemos que quienes han fracasado son ellos. ¿Os acordáis de la frase de Sarkozy cuando estalló la primera crisis, la de Lehman Brothers? Dijo que había que reinventar el capitalismo. Pues eso. Obliguemos a la derecha a hacer ese trabajo

¿Quién ha dicho que la socialdemocracia está pasada de moda? No serán los franceses que sitúan en las encuestas a pocos meses de las elecciones presidenciales al Partido Socialista claramente por delante con un programa exigentemente socialdemócrata. No serán los alemanes que día tras día incrementan la confianza en el SPD. O los ingleses que están despertando amargamente del sueño de que la derecha les sacaría de la crisis rápidamente.

Ahora bien: es cierto también que Europa tiene una crisis que refleja una preocupante falta de competitividad. Tenemos que reflexionar sobre ello. Faltaría más. Pero no podemos olvidarnos de que esa falta de competitividad se produce también por una ausencia de reglas sociales en los países con los competimos. Reglas que debemos defender convencidos como estamos de que nuestro modelo social es mejor. O por decirlo de otra manera: el que mejor combina crecimiento y solidaridad. Y ese modelo, os lo aseguro, se abrirá paso en todo el mundo. Es el que ansían millones de seres humanos en todo el planeta.

En resumen: os propongo que sigamos avanzando en nuestras reflexiones. Que compartamos estas reflexiones en el PSE, en la Internacional Socialista. Pero que no olvidemos que los mercados financieros deben ser regulados, que la economía debe estar al servicio de los ciudadanos y no al revés. De que definamos como definamos nuestro proyecto socialista para los próximos tiempos los paraísos fiscales son una inmoralidad con la que debemos acabar.

Vivimos una crisis muy profunda. Un auténtico cambio civilizatorio. No vamos a resolver los interrogantes que tenemos planteados en un mes, ni en dos ni en tres. Por eso os digo que si salgo elegido SG abriré un debate para profundizar en los trabajos que llevamos a cabo para preparar el programa. Para desarrollar y profundizar las conclusiones de nuestro próximo Congreso. Un debate abierto, por supuesto a los militantes. Pero también a todos aquellos ciudadanos progresistas que quieran participar. Un debate que debe concluir en una gran Conferencia a desarrollar en la primavera del año 2013 a la que sumaremos a representantes de los partidos socialistas europeos, de los principales partidos socialdemócratas del mundo.

Como os he dicho creo que ese nuevo proyecto debe profundizar en las líneas de reflexión que abrimos en nuestra Conferencia Política en el verano que están en la base de nuestro programa Electoral. Os comentaré a continuación algunos elementos de ese programa en los que creo que debemos profundizar. No voy a ser exhaustivo. Tengo un mes por delante para ir desgranando mis ideas. Y me referiré brevemente a cuatro: la política

económica, el estado del Bienestar, Europa y la Democracia. Hablábamos en el programa de la necesidad de articular en este momento de la crisis, o de las crisis que estamos en la tercera, una política económica que sea capaz de mantener unas cuentas sanas y controlar el endeudamiento sin asfixiar el crecimiento. Hacíamos propuestas sobre cómo hacerlo. Por cierto no estamos solos. Cada día hay más voces que se levantan a favor de una política de estímulos al crecimiento. En este marco debemos plantearnos ir más allá: revisar nuestro actual sistema de ingresos y gastos para mejorar su eficiencia y su carácter redistributivo. Ya recogimos en el programa la necesidad de revisar nuestro sistema fiscal. Lo haremos. Pero lo que yo propongo va más lejos: ingresos y gastos, todos los gastos. No es algo inédito. Los partidos socialdemócratas lo hicieron en algunos países del Norte de Europa en la pasada década. Hoy tiene los sistemas del bienestar más vigorosos. Y ello sin olvidar algunas propuestas nuestras que están sobre la mesa: impuesto sobre grandes fortunas, revisión del actual impuesto de sociedades, tasa de transacciones financieras a nivel europeo. También la lucha contra el fraude.

Pero fijaos donde debemos hacer un esfuerzo especial es en algo que ya mencioné hablando de Europa: nuestra competitividad, la competitividad de nuestra economía. Porque es la clave del futuro de nuestro país. Porque es un espacio político en el que la derecha aparece con ventaja. Injustamente pero aparece. Y ni es así, ni debe ser así. Os pondré un ejemplo: han llegado y han hecho una cosa y han anunciado otra: han eliminado el Ministerio de Ciencia y Tecnología y han anunciado la vuelta a las desgravaciones indiscriminadas por la compra de vivienda. ¿A qué os suena? Menos ciencia y más ladrillo...vuelta a las andadas. Os hablaba antes de Andalucía. De sus esfuerzos por mantener la I+D. Pues eso. Esas banderas, empezando por la educación, y siguiendo por la Innovación, los emprendedores...el cambio de nuestro modelo de crecimiento, la modernidad, otra vez la modernidad, esas son nuestras. Pusimos a España a funcionar. Ahora tenemos que demostrar que tenemos propuesta para poner España a competir.

Dijimos en la Conferencia y en el programa que defenderíamos con uñas y dientes nuestros derechos sociales, nuestro estado del bienestar, sus políticas más identificables: la sanidad pública universal, la educación obligatoria y

gratuita, las pensiones, la dependencia, la protección al desempleo, sus instrumentos, el diálogo social, sus objetivos; la igualdad de oportunidades. Y algunas políticas nuevas que ya están incorporadas al núcleo duro de nuestro modelo social: la protección del medio ambiente y el desarrollo sostenible. Pero esto no se hace con un discurso meramente resistencialista que se empeñe en defender el Estado del Bienestar tal como lo conocemos hasta ahora como si fuera un fortín asediado por la derecha económica y política. Permitidme un paréntesis: nada me resulta más divertido que ver a algunos de nuestros compañeros de la izquierda política defender con uñas y dientes nuestras conquistas sociales, aquellas que en su momento tildaron de insuficientes.

Hay más cosas, además de la derecha, que amenazan al Estado del Bienestar. Entre otras, las propias contradicciones que genera su funcionamiento en el marco de la economía global, de los nuevos modos de producción y de la evolución demográfica de nuestras sociedades.

El Estado del Bienestar es esencialmente una gran conquista de la socialdemocracia europea durante la segunda mitad del siglo XX. Su espíritu, sus valores, los derechos alcanzados y el modelo de sociedad que encierra, es lo que hay que defender a toda costa. La derecha siempre ha sospechado del estado del Bienestar. Siempre ha sostenido, en época de bonanza, no digamos nada en época de crisis que no era sostenible. Su sospecha era nuestra certeza. Por eso nos corresponde a nosotros reflexionar sobre su funcionamiento para mejorarlo, para hacerlo sostenible. Os lo decía antes al hablar de economía. Nosotros no podemos ser una izquierda conservadora. Si caemos en eso estamos facilitando que nos ganen los conservadores de verdad.

Os hablaré de Europa. Tiene que formar parte de nuestra reflexión estratégica.

Tengo la convicción profunda de que en este momento todas nuestras aspiraciones, nuestros objetivos y nuestras soluciones pasan ineludiblemente por convertir a Europa en un sujeto político y económico que pueda actuar como tal en igualdad de condiciones con los otros protagonistas del mundo: Estados Unidos, China, etc.

La unidad política y económica de Europa ya no es un deseo a largo plazo: es una exigencia inmediata. Y ni siquiera nos vale ya una idea confederal de Europa: hay que ir más allá. Y la novedad es que hay que hacerlo ya, ahora mismo.

Dicen que eso implica una cierta cesión de soberanía por parte de los Estados. Y es verdad. Pero ¿dónde está escrito que ceder soberanía a favor de una entidad superior que nos incluya a todos es algo negativo? Al revés. Si en un momento de la historia la modernidad vino de la mano del nacimiento del Estado-nación para superar el feudalismo, hoy la modernidad política pasa por desbordar los límites de los Estados-nación: o dicho de otra forma, llevar a la realidad política lo que ya es realidad en todo lo demás. Por cierto que ceder soberanía nacional no es ceder soberanía popular. Es muy importante que no olvidemos a los ciudadanos y a su representación en este proceso.

No existe una España fuerte dentro de una Europa débil; ni una Alemania o una Francia o una Gran Bretaña fuertes dentro de una Europa débil. Y os diré una cosa: los políticos y los gobernantes que en algunos países alimentan tal fantasía en sus opiniones públicas para conseguir un aplauso fácil no sólo engañan a su pueblo, sino que alientan una política suicida. Solo seremos fuertes en una Europa fuerte.

Los socialistas tenemos que encabezar esta causa europea, porque además las políticas progresistas sólo serán viables en ese marco. Y tenemos que llevar ese compromiso a nuestros propios instrumentos políticos.

Tiene que haber un Partido Socialista Europeo de verdad. Que funcione como un partido, no como muchos partidos confederados. Que marque líneas de actuación, defina prioridades y objetivos, reparta tareas y tome decisiones vinculantes para todos sus miembros. Que elija democráticamente a sus órganos de dirección.

No hay ningún motivo para que el Grupo Socialista en el Parlamento europeo no funcione con la misma coherencia, unidad y disciplina que en cualquier parlamento nacional. También aquí tiene que haber cierta “cesión de soberanía”: pero el PSOE, que es uno de los mayores partidos socialistas de Europa, tiene que estar en el liderazgo de ese proceso.

Y necesitamos gobiernos socialistas en Europa. La hegemonía política de la derecha es uno de los elementos más preocupantes de la situación actual. Hay que empujar a los compañeros socialistas franceses, a los alemanes, a los italianos y a todos los demás para que consigan pronto una victoria que celebraremos como nuestra.

Y finalmente os quiero decir algunas cosas sobre la democracia. El siglo XX terminó con la victoria final de la democracia sobre los totalitarismos. Pero en el inicio del siglo XXI, la democracia se enfrenta a la vez a un peligro y a una gran oportunidad.

El peligro es el cuestionamiento del poder democrático por los poderes fácticos que en este caso no son los de antes, sino los poderes económicos, muchas veces escondidos en el anonimato de lo que llamamos “los mercados”, que simplemente tratan de poner al poder político democrático a su servicio.

Afirmar la soberanía de la democracia y la legitimidad del poder democrático por encima de cualquier otro no es retórica. En los tiempos que corren, es un imperativo inmediato.

Porque además la crisis crea el caldo de cultivo en el que florecen los discursos y las actitudes que denigran a la política en general, a la política democrática y a los partidos políticos en particular. Y sabemos bien que el discurso de la antipolítica es con frecuencia el heraldo de la pérdida de la libertad.

Cuando oigo denigrar a los partidos políticos si fueran la peste, siempre recuerdo que hay una cosa muchísimo peor que los partidos: la ausencia de ellos.

Pero con la democracia ocurre como con el Estado del Bienestar: para defenderla y garantizar su supervivencia, hay que reformarla. Y lo tenemos que hacer los propios demócratas.

La verdad es que en la época del cambio global, el cambio político va muy por detrás de todos los demás cambios. Y sin embargo, esos cambios abren una extraordinaria oportunidad para el avance de la democracia, como decía antes.

Hoy disponemos de los instrumentos con mayor potencia democratizadora de todo la historia. La red es el espacio democrático por excelencia: el espacio donde todos hablan con todos, donde es posible compartir la información y el conocimiento como nunca antes lo ha sido, donde cada individuo puede convertirse en un emisor que supere en potencia el más potente medio de comunicación, un espacio de movilización política que desborda por completo los medios tradicionales. El mayor foro imaginable para el debate y la participación política de los ciudadanos.

Si cambia la forma de producir, de trabajar, de comprar y vender, de aprender y de divertirse, con más razón tiene que cambiar la forma de hacer política en democracia. Hay que crear nuevas formas de decidir, de votar, de debatir, de participar, de movilizar y de informar.

Y lo que sirve para el sistema político sirve muy especialmente para los partidos políticos. Para nuestro partido.

En este ciclo electoral no sólo hemos perdido la mayoría en el Congreso. Hemos perdido también gran parte de nuestro poder territorial. Y eso, en un país como el que hemos construido, no es asunto menor.

Nuestra prioridad estratégica tiene que ser recuperar el poder que hemos perdido en ayuntamientos y en comunidades autónomas, que el retroceso de mayo de 2011 no se cronifique. Y todo sabemos que con frecuencia es más difícil recuperar un ayuntamiento o una comunidad autónoma que recuperar la mayoría en el Parlamento de la Nación.

Esa tarea requiere un gran partido, capaz de estar presente en todos los territorios, de generar liderazgos y de sostener proyectos alternativos sólidos en todas partes.

El liderazgo nacional es importante, pero no nos va a devolver todos los ayuntamientos y comunidades que tenemos que recuperar. No necesitamos un líder, sino muchos. En este momento la tarea del partido es más colectiva que nunca.

Necesitamos más que nunca un gran instrumento político, un gran partido.

Un partido de mayorías, capaz de conseguir que el núcleo central de la sociedad se sienta representado en sus políticas. No se trata sólo de defender a los más débiles o a los amenazados por la exclusión, sino de representar a la gran mayoría de ciudadanos y ciudadanas que viven exclusivamente de su trabajo, que tienen familias, que comparten valores, problemas y aspiraciones con muchos millones más. Lo que se ha venido en llamar las clases medias.

Un partido intergeneracional, con el que puedan identificarse personas de todas las edades. Y tendremos que reflexionar seriamente qué nos pasa desde hace ya algún tiempo con los ciudadanos de mayor edad. Porque regalar de antemano a la derecha la hegemonía en ese sector de la sociedad es un suicidio. Tienen que poder confiar en nosotros los jóvenes y los mayores, porque sólo así podremos sostener mayorías sólidas.

Y un partido capaz de tener presencia y fuerza en todos los territorios de España. Lo que significa, por supuesto, conocer y defender la realidad específica de cada territorio. Pero significa también ser y actuar como lo que siempre hemos sido: un partido nacional, capaz de vertebrar España como proyecto colectivo, capaz de decir lo mismo en todas partes y, sobre todo, de que se nos perciba así. Y en los últimos tiempos los ciudadanos no nos han percibido así.

Nosotros no vamos a participar en estrategias que implican reformar o cuestionar una y otra vez la arquitectura institucional de la España de las autonomías. La arquitectura de España está definida y nosotros estamos conformes con ella, entre otras cosas porque hemos sido decisivos en su diseño y en su construcción. Ahora se trata de hacer que el edificio funcione y que sea habitable y confortable para todos.

Necesitamos un gran partido para competir con eficacia en las nuevas condiciones de la sociedad, que cambian radicalmente las formas de enfocar la actividad política.

Sólo podremos cumplir con eficacia nuestra función de instrumento político de la mayoría progresista si cambiamos y fortalecemos el instrumento mismo.

Sólo seremos eficaces si construimos un partido más democrático que nunca, más participativo que nunca, más abierto que nunca a las corrientes y a los impulsos de la sociedad. Si nos creemos de verdad que el partido no es un mundo cerrado que pueda funcionar autónomamente de la sociedad y que no es propiedad exclusiva de sus militantes, sino de todos los hombres y mujeres que necesitan un instrumento político para hacer realidad sus ideas y sus aspiraciones.

Siempre hemos sido democráticos y siempre hemos tratado de sintonizar con la sociedad. Pero ahora se abren ante nosotros posibilidades y espacios nuevos, que nos dan la oportunidad de alcanzar nuevos horizontes. Seamos valientes y aprovechémoslas a tope.

Os propongo que nos apoyemos en el PSOE para cambiar el PSOE. No sólo la forma de elegir a los dirigentes; también la forma de estar presentes en la sociedad y relacionarnos con ella, la forma de tomar nuestras decisiones y elaborar nuestras políticas y nuestros programas, la forma de concebir nuestra acción política cotidiana.

Hay que ir hacia una reforma integral del partido porque es el propio concepto de la organización política tal como la hemos concebido hasta ahora lo que puede estar en cuestión. No está claro que los métodos tradicionales de movilización política y de encuadramiento puedan competir con la fuerza insuperable de las redes sociales y de la comunicación universal en tiempo real. Más bien está ya muy claro que no podrán.

En esto del partido pasa como con todos los demás: o nos aliamos con los cambios o los cambios se ocuparán de dejarnos atrás.

Cuando proponemos que nuestro próximo candidato pueda ser elegido en una primarias abiertas a todos los ciudadanos que deseen participar en ellas es, sobre todo, para establecer una nueva cultura de partido. De hecho, no

se trata sólo de las primarias: deberíamos ser capaces de articular un espacio en el que millones de simpatizantes sientan que pueden colaborar, intervenir, opinar y tomar parte en nuestras decisiones. Del voto de adhesión al voto de participación: esa es también una parte del mensaje incorporado a los siete millones de votos que acabamos de recibir.

El partido socialista del siglo XXI debe ser el partido democrático de los ciudadanos, un partido a la altura de las demandas de participación de hombres y mujeres conscientes de lo que quieren y de lo que merecen: una democracia a la altura de su tiempo.

Un partido de participación permanente. Acabar con el votar y olvidar. Acabar con el delegar y no participar. Los militantes son hoy ciudadanos informados, con criterio, preparados para asumir la responsabilidad de una participación permanente en debates y decisiones.

Un partido de participación global. Acabar con el encuadramiento obligatorio en la agrupación territorial. Si la participación cívica se desarrolla en el trabajo, en el estudio, en el ocio, ¿por qué no ha de ser igual con la participación política? Participación socialista en cualquier ámbito y a cualquier hora.

Un partido de participación social. Acabar con la “autoparticipación”. No se hace socialismo una tarde a la semana en el enésimo debate sobre nosotros mismos. Se hace socialismo participando en la defensa de la enseñanza pública, en la cooperación al desarrollo y en lucha activa por la igualdad entre mujeres y hombres.

Un partido de participación tecnológica. Acabar la asamblea de barrio como opción única para participar en el PSOE. Las tecnologías y las redes sociales ofrecen mil opciones para una participación rica, atractiva y socialmente influyente. Aprovechémoslas.

Y este partido democrático, participativo y abierto tiene que ser a la vez un partido unido y coherente. El Partido Socialista no es un movimiento social: es una organización política y una alternativa de poder

que necesita tener credibilidad como tal. Sus propuestas y sus políticas tendrán sentido en la medida en que sea posible llevarlas a la práctica desde el gobierno. No perdamos jamás de vista esta dimensión.

Ante situaciones difíciles como esta –que es probablemente la más difícil para nuestro partido desde que recuperamos la libertad-, los dos mayores peligros que corremos son la endogamia y la desunión.

Encerrarnos en nosotros mismos y convertir el partido en un fin en sí mismo; generar una división que lleve a cada uno a hacer la guerra por su cuenta o a dedicar nuestras energías a combatir al enemigo interno; confundir nuestro mundo con el mundo.

Son tentaciones en las que alguna vez hemos caído en el pasado. Y cuando eso ha ocurrido, lo único que hemos logrado ha sido hundirnos más.

No es el debate sobre el debate, sino sobre las ideas. Y sugiero a todos que lo hagamos poniendo las ideas encima de la mesa. Es lo que estoy haciendo desde hace meses y lo que me comprometo a seguir haciendo antes, durante y después del 38 Congreso.

Cambio y unidad; estos son los dos conceptos que sintetizan, en relación al partido, lo que yo creo que debería ser el resultado del 38 Congreso. Cambio y unidad. Ambas cosas son imprescindibles; pero cualquiera de ellas sin la otra será impracticable.

Hemos gobernado dos tercios de nuestra historia democrática, y en estos años hemos transformado España. Y eso fue posible porque siempre supimos adaptar nuestros principios y nuestros valores a las necesidades de cada momento.

Eso es lo que, una vez más, debemos hacer ahora.

Y no podemos caer en el pesimismo, porque el pesimismo paraliza.

Es tiempo de reflexión, pero también de acción. Tiempo de reivindicación del futuro. Tiempo para cambiar el miedo por ilusión.



Rubalcaba

Es tiempo para aprovechar la capacidad y la vocación política de todos nuestros militantes. Y tiempo para abrirnos a la sociedad, para nutrirnos de toda la vitalidad que está en la calle.

Es tiempo para recuperar el prestigio de la política, invertir la relación entre política y mercados, para reivindicar la legitimidad superior de la voluntad popular, para defender la prioridad de los intereses generales.

Es tiempo de más democracia: más democracia política, más democracia social, más democracia económica.

Y, sobre todo, es tiempo para responder como partido a las expectativas de nuestra sociedad. No solo lo esperan de nosotros los millones de españoles y españolas que nos han votado y con los que hemos adquirido un firme compromiso. Lo espera una mayoría de ciudadanos que desea ver un PSOE fuerte, activo y preparado para asumir responsabilidades de gobierno en defensa de un proyecto de justicia, progreso y libertad.

Por todo eso estoy aquí esta noche. Y por todo eso es por lo que os pido vuestro apoyo a la Secretaría General del PSOE.